

# *Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista*

MONTSERRAT HUGHET

Facultad de Humanidades, Documentación y Comunicación  
Universidad Carlos III de Madrid

## INTRODUCCIÓN

A pesar de que la dimensión mediterránea de la política exterior española ha contado en nuestro siglo con serios defensores, siempre dispuestos a romper una lanza reivindicativa en favor de dicha orientación, el empuje político encaminado a orquestar una serie de actuaciones específicas puede calificarse cuando menos de inconstante e impreciso.

En el origen de esta circunstancia, inexplicable si tenemos en cuenta la posición geoestratégica de España, pueden apuntarse cuestiones de índole histórica e ideológica. El abandono paulatino de la política mediterránea a lo largo de la Edad Moderna, al tiempo que se gestaba el proyecto castellano de unidad peninsular, determinó en buena medida la ausencia de la práctica económica, social y hasta política que conlleva mirar hacia el Mediterráneo. De manera que las posibilidades de acción o relación externa de nuestro país quedaron limitadas a Europa y América. El desastre de 1898 dejó estéril el campo del interés atlántico y sumió al país en una actitud de profunda regeneración interna. Con ocasión de la Primera Guerra Mundial España abandonó su letargo reflexivo para tomar conciencia de la existencia de posiciones exteriores alternativas al americanismo, de las cuales, tal vez la más sensata fue la recuperación de una perdida vocación mediterránea<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Durante el reinado de Alfonso XIII Marruecos se convirtió en una pieza esencial de la diplomacia española. La cuestión colonial se abordó desde el ámbito del marroquismo, y no desde las viejas tesis del africanismo. La extensa obra de Morales Lezcano sobre la historia de las relaciones hispanomagrebíes, con títulos tan clásicos e imprescindibles como *El colonialismo*

En este redescubrimiento del Mediterráneo, y bajo un contexto de apuesta clara por el marroquismo, confluían intereses de peso. En primer lugar, la importancia que el Mediterráneo había jugado en la estrategia de los vencedores de la Primera Guerra Mundial alertaba a los vecinos de la Cuenca sobre el peso futuro de la misma. España se sentía empujada a tomar parte en provecho propio de una pretendida hegemonía mediterránea. En segundo término, la potencialidad económica del mar estaba fuera de toda duda, especialmente en una época de reconstrucción internacional y de expansión de nuevos procesos industriales. La dominación de los resortes del comercio exterior, a través de la emancipación de *lo extranjero* se convertiría en una de las principales reivindicaciones de la literatura española de la época:

«(...) la independencia económica sólo puede lograrla España consiguiendo una poderosa flota mercante, merced a un auxilio positivo y continuado del Estado a las construcciones navales, por medio de subvenciones y exención de tributos y gabelas que impulsen la constitución de grandes compañías anónimas de construcción naval, talleres de ribera, industrias siderúrgicas, astilleros (...)»<sup>2</sup>.

En cualquier caso, la relevancia en el área del Mediterráneo de un país de segundo orden, como era España, tenía que ser forzosamente escasa, en razón de la abultada presión que sobre el área venían ejerciendo desde el último cuarto del siglo XIX Francia, Gran Bretaña y hasta Alemania e Italia. También habida cuenta del escaso interés que despertaba España en los foros internacionales relativos a los temas norteafricanos durante las últimas décadas, excepción hecha del período comprendido entre 1902 y 1912, de activa participación española en los foros internacionales sobre las cuestiones marroquíes, y en concreto su papel indudablemente protagonista en la Conferencia de Algeciras de 1906. Esta impotencia terminaría por conducir al desencanto con respecto al impulso mediterraneísta<sup>3</sup>.

Con los últimos coletazos de la Primera Guerra Mundial, en los ámbitos políticos y literarios europeos se apuntó la necesidad de avanzar en un llamado *Bloque Occidental Mediterráneo* a modo de *Liga Panmediterránea*, que estaría inspirada en la supuesta *espiritualidad* común de las llamadas naciones latinas, a

---

*hispano-francés en Marruecos: 1898-1927*, 1976, y *España y el norte de África: el Protectorado en Marruecos: 1912-1956*, 1986, serviría para ilustrar este capítulo de las relaciones exteriores de España. En uno de sus trabajos más sugerentes, *España y el mundo árabe. Imágenes cruzadas*, 1993, Morales aporta treinta páginas que, a modo de síntesis, consideramos de gran utilidad.

<sup>2</sup> R. Gay de Montellá, *España ante el problema del Mediterráneo*, Barcelona, 1917, pp. 240-241.

<sup>3</sup> Sin embargo, si algún autor estuvo firmemente convencido de la necesidad de dotar a la política exterior española de una propuesta mediterránea serie y eficiente, fue Gay de Montellá, cuya dilatada trayectoria ensayística y literaria, desarrollada entre los albores de los años veinte y la plenitud de la etapa franquista, tuvo una idea motriz constante: la de construir y justificar para España un modelo de acción mediterránea.

saber: Francia e Italia, con el fin de alcanzar una pretendida hegemonía mediterránea al final de la contienda:

«Il nous faut un programme bien défini, à nous comme a nos alliés. Et nous ne parviendrons a le réaliser, les uns et les autres, que par la sécurité de nos frontières, l'association de nos richesses et de nos efforts, l'union permanente et progressive de nos forces militaires, économiques, financières, intellectuelles, par l'alliance latine d'abord, par le Bloc Occidental en suite»<sup>4</sup>.

Ni qué decir tiene que los mediterraneístas españoles dispensaron a este proyecto una acogida calurosa por las posibilidades que ofrecía a la rehabilitación del papel de España en el mundo posbélico. En este orden de cosas cabe recordar la política netamente mediterraneísta de la Dictadura de Primo de Rivera. Política que, sin embargo, se explicitó escuetamente en el acercamiento hispano-italiano (tratado de amistad de 1926) con el fin de recortar el pernicioso efecto de un excesivo poder francés en la Cuenca, antes que en la consecución del proyecto panmediterráneo que propusiera Bertrand<sup>5</sup>.

En el fondo de la cuestión subyacía la falta de propuestas concretas de la posición mediterraneísta española. En ésta, como en las demás cuestiones de acción exterior, España planteaba su colaboración en el mantenimiento del *statu quo* de la zona sin grandes iniciativas, confundiendo, a todas luces, los valores de la paz y de la neutralidad con las actitudes de la pasividad hacia el entorno. Las limitaciones de la política exterior española, dependiente del diseño de equilibrio mediterráneo franco-británico, quedaron netamente reflejadas en la cuestión de Tánger, que no fue, pese a los reiterados intentos de la diplomacia (Estatuto internacional de 1923 y revisión de 1928), incluida en la zona española de Marruecos<sup>6</sup>.

Durante la Segunda República Española las tensiones internacionales acumuladas avivaron la llamada cuestión mediterránea. Algunas iniciativas, como por ejemplo la invasión italiana de Etiopía en 1935, revestidas de una notable agresividad, levantaron suspicacias en una España que veía cómo, por su tradicional posición en la sombra, el Mediterráneo seguía repartiéndose en zonas de influencia y en foros internacionales a los que no era invitada<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> L. Bertrand, «Vers l'unité latine», en *Revue de Deux Mondes*, 15 de septiembre de 1916.

<sup>5</sup> Sobre esta cuestión véase el trabajo ya clásico de Susana Sueiro, «La política mediterránea de Primo de Rivera: el triángulo Hispano-Italo-Francés», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Madrid, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, UNED, Madrid, 1987.

<sup>6</sup> Acerca de esta cuestión destacamos los trabajos de Juan Carlos Pereira, «La cuestión de Tánger en la Europa de entreguerras: España de entreguerras: España ante Francia y Gran Bretaña», en *Revista de Estudios Africanos*, n.º 7, 1990, y J. L. Neila, «Revisionismo y reajustes en el Mediterráneo: Tánger en las expectativas de la Segunda República española (1934-1936)», en *Hispania*, vol. LIII/181, CSIC, pp. 655-685, 1992.

<sup>7</sup> Las dificultades de la Segunda República afectaron también a la actuación española en territorio marroquí. Los gobiernos republicanos intentaron aligerar su actividad burocrática y

Fue el caso de los acuerdos de Roma —enero 1935—, resultado de las conversaciones entre Laval y Mussolini. La nación española, pese a los desmentidos del gobierno, tuvo clara conciencia de que el destino del Mediterráneo estaba en juego sin que España pudiese siquiera acercarse a la mesa del reparto. Italia, la aliada y amiga de 1926, se estaba convirtiendo en un peligro más que virtual, no solamente para el *statu quo* del Mediterráneo, sino también para los intereses externos de España en la zona. Pese a lo cual el tratado fue objeto de una renovación automática en 1936, a diez años de su firma.

La suerte del Mediterráneo estaba echada. El discurrir internacional de los acontecimientos fue atropellado, el *statu quo* roto, y España se vio inmersa en una contienda civil. Ambos bandos fueron incapaces de articular un ideario coherente para el desarrollo de una política exterior natural y favorecedora de los intereses de la Cuenca. De esta manera llegamos al momento en que, instituido el régimen de Franco y en una situación de paz, comenzaron a dibujarse los perfiles de la inconstante e incierta política mediterraneísta del nuevo Estado español.

## 1. EL MEDITERRANEISMO: INSTRUMENTO TEÓRICO PARA UNA POLÍTICA EXTERIOR

### 1.1. Los años de la posguerra

Al concluir la Guerra Civil, la política exterior española hubo de preocuparse de cuestiones más prácticas que teóricas. Las reivindicaciones africanistas consumieron buena parte del escueto esfuerzo teórico de los ensayistas políticos, en cuyos textos resultaba difícil deslindar las líneas teóricas de proyección exterior: *el mediterraneismo*, *el arabismo* o *el africanismo* se expresaban confundidos en el abigarramiento de la prosa política del régimen.

Durante aquellos años no se contemplaba la posibilidad de integrar la actividad socio-económica, política y cultural de ambos márgenes del Mediterráneo, antes bien, persistía la división tradicional del mar en dos franjas: la del norte, europea y cristiana, y la del sur, norteafricana y árabe. Esta duplicidad, herencia de un pasado ideológico, y proyección errónea para un futuro, provocaría la ausencia de interacción entre los tres conceptos, *africanismo*, *arabismo* y *mediterraneismo*, sin que los autores descendiesen a vislumbrar las diferencias entre ellos.

La Segunda Guerra Mundial centró parte del interés de las potencias en la cuenca mediterránea. España no fue ajena a los beneficios derivables de un posible reparto del Mar si, como era deseo del régimen franquista, se producía la

---

reducir los costos de la acción colonizadora, excesivos para la maltrecha economía española, sobre todo si se tiene en cuenta el contexto internacional de la Gran Depresión.

victoria del Eje. Sin embargo, aunque España hubiese accedido a dirigir un plan de integración de los países miembros de la Cuenca, las constantes anexiones y pérdidas territoriales en el área durante la coyuntura bélica, así como la fragilidad de los imperios coloniales inglés y francés, le hubiesen puesto difícil la delimitación de la naturaleza de sus interlocutores. Por otra parte, la evolución de la guerra tuvo el efecto de cancelar definitivamente las aspiraciones africanistas de Franco, la administración de Tánger y la extensión del área española en Marruecos hasta Fez. Siendo así que concluido el conflicto, España no sólo no había conseguido ampliar su espacio de dominación colonial, sino que además hubo de asistir a la puesta en marcha del proceso pro-independentista del nacionalismo marroquí que culminaría en los años cincuenta.

Pese a lo cual, el Estado abrió alguna tímida línea de acción mediterraneísta, a resultas tal vez de la coyuntura bélica, y a instancias de la voluntad constructiva de un ideario internacionalista sólido afín a los principios del nuevo Estado. Producto de esta iniciativa, en 1941 Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores, fomentó la creación del llamado *Instituto Español de Estudios Mediterráneos*, y de un órgano de expresión, la *Revista de Estudios Mediterráneos*, escrita en cuatro lenguas e ilustrada, que tuvo una buena aceptación en los reducidos círculos interesados en esta materia. Con el fin de desligar al proyecto de la dimensión oficialista de la política exterior del Estado, se le dio un sesgo académico y sin ánimo de lucro. Se pensó en crear una Casa Metropolitana con sede en Barcelona, así como cátedras en todas las ramas de la docencia para especialistas españoles e invitados de otros países del área. El plan dotaba al Instituto de una proyección abierta para que sus actividades tuviesen una dimensión plural y exterior. Se previó la creación de un sistema de becas en el extranjero, además de la organización de viajes marítimos anuales por el Mediterráneo, llegándose incluso a pensarse en la adquisición de una especie de *buque escuela* para el desarrollo de estudios sobre el Mediterráneo.

Dentro del contexto de las demás proyecciones del internacionalismo español en la época, este proyecto aparecía definido bajo los rasgos característicos de la idea de la Hispanidad<sup>8</sup>. La invocación al Mediterráneo se hacía en cuanto proyección de los afanes de protagonismo de la llamada civilización española y no en calidad de entidad autosuficiente merecedora de un proyecto individual del que España fuera promotora y parte integrante. La elección de Barcelona como sede y capitalidad del Instituto obedecía a un afán de emulación histórico medieval de tintes oportunistas, propios de las necesidades coyunturales del régimen. Desde Barcelona, nueva sede metropolitana, la Hispanidad podría abrir sus brazos al Medio y al Próximo Oriente para completar el ciclo histórico iniciado con

---

<sup>8</sup> Tuve ocasión de acercarme a esta cuestión en el capítulo titulado: «El Imperio: la Hispanidad», capítulo 9 del libro de M. Hugué, *Planteamientos ideológicos sobre la política exterior española en la inmediata postguerra*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, pp. 269-399.

la conquista peninsular sobre los árabes y el descubrimiento y la colonización del continente americano.

El Instituto Español de Estudios Mediterráneos se puso en funcionamiento en 1943, impartiendo clases de estudios humanísticos. En la primera línea informativa acerca del Instituto sobresalió el trabajo realizado para diarios y revistas por Wenceslao González Oliveros. Consciente de la carencia de información existente en España sobre el Mediterráneo, González Oliveros dio a su trabajo una doble dimensión, de difusión y de compromiso personal. La progresiva cercanía del final de las hostilidades en el verano de 1943 estimuló la reflexión sobre la paz y la concordia en el Mar. Se debatía la intercomunicación cultural de las partes ribereñas del Mediterráneo y se insinuaba que España podría constituirse en una baza importante en la pacificación de la zona<sup>9</sup>.

## 1.2. El aislamiento: las tesis mediterraneístas quedan relegadas

Las posibilidades de acción exterior de España al terminar la Segunda Guerra Mundial fueron casi nulas. La acción exterior española en este período se centró en la búsqueda de la aceptación internacional a través del ansiado reconocimiento de la Organización de las Naciones Unidas. Esta circunstancia no llegaría a producirse sin embargo hasta 1955. De ahí que vocaciones como la mediterraneísta fueran utilizadas en la segunda mitad de la década comprendida entre 1945 y 1955, en aras exclusivamente del reconocimiento internacional. Así, entre 1950 y 1970, el país dio una prioridad inusual al mediterraneísmo en tanto construcción teórica sobre la política exterior.

La neutralidad benévola practicada por España durante los años de la guerra, se había desarrollado en favor de Alemania y a Italia. Pero había beneficiado sin duda también a los aliados, que, gracias a la situación de alerta en que puso el régimen al país, obtuvieron sin esfuerzo añadido una garantía de que el conflicto no iba a superar la frontera pirenaica. Por ello, cabe atribuir la manifiesta hostilidad descargada sobre España tras la contienda mundial al desconcierto que provocó entre las potencias mundiales la pervivencia de un régimen de naturaleza totalitaria, en el contexto de la derrota de los regímenes fascistas.

Las potencias vencedoras se negaron a reconocer la licitud del régimen español. Tan sólo Portugal, que había firmado un convenio de amistad y no-agresión con España (1939), y el Vaticano, que no era miembro de la ONU, mantuvieron abiertas sus relaciones con España. Estados Unidos, que había reconocido al régimen de Franco en 1939, se opuso reiteradamente a que España fuese

---

<sup>9</sup> Resulta imprescindible la consulta de la obra de Gay de Montellá, *Mediterraneísmo y Atlántismo*, 1943. Tal y como se señala en el texto, un trabajo específico sobre este tema fue el de Wenceslao González Oliveros, «El "Instituto Español de Estudios Mediterráneos" restablecerá las relaciones españolas con los países de la cuenca mediterránea», *Mundo*, año II, n.º 53, 1941, pp. 43-45.

admitida en la ONU (declaraciones de Postdam, Londres y San Francisco, y resoluciones de la ONU, en Londres y Nueva York), retiró a su embajador en Madrid, aunque se negó a cualquier forma de sanción sobre España, tal como proponían países miembros de la Organización<sup>10</sup>.

El Gobierno británico adoptó una actitud similar, dada la presencia de intereses económicos de Gran Bretaña en España. Por su parte, la fuerza de la reacción francesa, puesta de manifiesto en la protesta contra algunas ejecuciones de condenados políticos, la suspensión de relaciones comerciales con España, y finalmente el cierre de la frontera pirenaica en marzo de 1946 fueron algunas de las circunstancias más penosas del aislamiento español<sup>11</sup>. En cuanto a la Unión Soviética, solicitó de la ONU la intervención directa y duras sanciones económicas contra España, que finalmente no fueron aprobadas por el organismo internacional.

Por lo que se refiere a los Estados latinoamericanos y árabes, estos adoptaron una actitud uniforme de repulsa al régimen de Franco, producto de los progresos de las teorías del panamericanismo y de la influencia que desde los años veinte ejercieron los Estados Unidos sobre la mentalidad de la ciudadanía de las repúblicas latinoamericanas. La propaganda de la Hispanidad, diseñada para América por las misiones falangistas durante los años de la guerra mundial, había tenido una efectividad desigual. Sin embargo, aunque al finalizar la contienda todas las repúblicas habían declarado, a instancias de los Estados Unidos y siquiera testimonialmente, la guerra al Eje y a los fascismos, los efectos retardados de la vieja propaganda de la Hispanidad se dejarían sentir favorablemente para España durante los años de la posguerra. Algún Estado, como el argentino, se negaron a observar las recomendaciones de la ONU para el tema español.

En relación con los Estados Árabes, al final de la guerra carecían de una política independiente con respecto a las potencias mundiales. El problema israelí constituía además una de sus preocupaciones básicas. De ahí que no tuviesen predisposición alguna contra España, un país cuya actitud oficial antisemita constituía además uno de los pilares ideológicos del régimen<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup> El profesor Antonio Marquina (1986) en los primeros capítulos de *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986*, Madrid, analizó el lugar en que en que situaban los Estados Unidos a España en el ámbito de la seguridad occidental de la postguerra.

<sup>11</sup> Ver los trabajos de M. Alpert, «Las relaciones hispano-británicas en el primer año de la postguerra: los acuerdos comerciales y financieros de marzo de 1940», en *Revista de Política Internacional*, n.º 147, 1976, pp. 13-29. Y G. Cantera (coord.), *Del reencuentro a la convergencia. Historia de las relaciones bilaterales hispano-francesas*, Madrid, 1994, pp. 87-116.

<sup>12</sup> Uno de los trabajos más interesantes sobre las relaciones hispanoárabes durante el periodo del aislamiento internacional, enfocado desde el punto de vista de la actividad llevada a cabo por la administración exterior española con respecto a los países árabes, a fin de quebrar el aislamiento internacional es el de Dolores Algora, *Las relaciones hispano-árabes durante el aislamiento internacional del Régimen de Franco (1946-1950)*, Madrid, Universidad Complutense, 1993.

La última de las manifestaciones antifranquistas internacionales de carácter unánime fue la famosa resolución 39 (I), adoptada en la ONU en diciembre de 1946, por 34 votos a favor, 6 en contra y 13 abstenciones. En ella se reafirmaba la actitud internacional que sobre España ya adoptara la Conferencia de San Francisco. Sin embargo, la tensión entre las potencias restó protagonismo a la cuestión española en la Asamblea, dando prioridad a la formación de los Bloques, al desencadenamiento de la carrera de armamentos y, sobre todo, a la implantación en Europa del temor al avance del comunista. Por otra parte, la involución de las situaciones nacionales en Europa que, con gobiernos claramente de izquierdas al concluir la guerra, se decantaron rápidamente hacia posiciones más conservadoras, enfatizó las diferencias entre los dos polos de la tensión.

Así, el régimen de Franco conseguía afianzarse paulatinamente: la apertura de la frontera franco-española en febrero de 1948 y la firma de un convenio comercial en mayo, atestiguaban, por una parte, la ineficacia de la política de la ONU frente a España, y por otra, el compromiso tácito de las potencias de no molestar a un régimen cuya naturaleza y estabilidad les era necesaria. Según la *resolución* del Consejo de Seguridad de la ONU, de 7 de mayo de 1949, los Estados miembros de la Asamblea General quedaban en entera libertad para entablar relaciones diplomáticas con España si así lo deseaban. A pesar de lo cual, España quedaba excluida del Plan Marshall (1947) y de la OTAN (1949). En 1950 fue anulada la resolución 39 (I) gracias a las presiones árabes y latinoamericanas, cuya amistad se había dedicado a cultivar la por entonces muy debilitada acción exterior española, como única reserva frente al aislamiento internacional.

A pesar de todos los reveses y lo escueto de sus relaciones exteriores, en el momento en que España comenzó a percibir en las potencias occidentales la justa audiencia en relación con su propuesta anticomunista, se decidió a aceptar las condiciones de un juego que ya no ponía en peligro al régimen, y a utilizar como carta de presentación ante la comunidad internacional los vínculos de amistad que había ido fraguando con los países árabes. De forma tan sorprendente como torpemente diseñada, el régimen franquista puso en marcha un conjunto de mutaciones propagandísticas, en la línea de halagar a las potencias occidentales, que en 1945 habían intentado ahogar al franquismo. En consecuencia, la rehabilitación de España en el orden internacional comenzó a ver sus primeros frutos a partir de 1950 y en razón de las actitudes españolas que incumbían al Mediterráneo. Es de este contexto general del que debemos derivar la conocida línea pro-mediterraneísta de la acción exterior española durante las siguientes décadas.

### **1.3. España rehabilitada: la reactivación del mediterraneísmo en los años cincuenta**

El proceso de formación de una teoría mediterraneísta comenzó a dibujarse con anterioridad al reconocimiento oficial del régimen franquista por parte de la



ONU, el 14 de diciembre de 1955, que dio por concluido el aislamiento de España en el mundo. Los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953 habían supuesto un reconocimiento de facto, pero el régimen confundió la tolerancia de los Estados occidentales con un proceso de aceptación entusiasta que en realidad nunca se produjo. En el mundo occidental de mediados de los años cincuenta la primacía de los intereses estratégicos dejaba en suspenso las cuestiones de conciencia. Una mirada atenta a la impresión que el franquismo transmitía en el entorno de la época nos lleva a contemplar la imagen poco gratificante de un régimen vasallo a los intereses occidentales, cuya utilidad desde el punto de vista estratégico y entereza en el plano político suplía con creces la endeblez y la falta de justificación de sus posiciones ideológicas.

Por todo lo cual no parece aceptable encontrar resquicios a la tesis de que España, con su política de acercamiento pro-árabe, estuviese intentando preparar su propia vía de integración en el sistema occidental. Las frecuentes visitas a España de los jefes de Estado árabes eran manipuladas desde los medios de comunicación españoles a favor de Franco, cuya figura como estadista del frente atlántico se pretendía enfatizar ante la opinión pública<sup>13</sup>. La insustancialidad de esta acción exterior, que escondía este intento interesado de jugar en dos frentes, se ponía de manifiesto en las muchas ocasiones en las que las relaciones internacionales se deslizaban hacia situaciones de tensión. Así por ejemplo, cuando en octubre de 1956 se produjo el ataque israelí contra Egipto, en respuesta al boicot árabe, con el consiguiente cierre del Canal de Suez y del puerto de Elath, la actividad exterior de España se vio en la dificultad de hacer frente al doble compromiso, de afinidad con el mundo árabe y de intereses estratégicos con los Estados Unidos, garantes de la causa de Israel.

Sin embargo, coincidiendo con el proceso de descolonización en África, las posibilidades reales del liderazgo español en el Mediterráneo se mostraron muy limitadas, aún en el tema del mantenimiento de sus posiciones históricas. La publicística y la literatura política de los años cincuenta olvidaron las campañas reivindicativas de aquellos primeros años cuarenta, optando por convertir a España en la principal defensora moral de los movimientos de autodeterminación árabe, y convirtiendo la causa árabe en una cuestión de justicia<sup>14</sup>. La naturaleza de los argumentos sobre los que descansaban las relaciones entre España y los países árabes de la cuenca mediterránea era cultural y estratégica. El análisis de los argumentos culturales nos lleva, en primer lugar, a la quiebra de ese lugar común en el que se situaba la uniformidad de las manifestaciones ideológicas dentro del régimen.

---

<sup>13</sup> J. M.<sup>a</sup> Armero, *La política de Franco*, Barcelona, 1978.

<sup>14</sup> Así, el fin del Protectorado español en Marruecos (1956) fue manipulado por el régimen con la finalidad de mostrar como victoria lo que en realidad distaba mucho de serlo, enseñando a la ciudadanía, durante el apoteósico pasco de Mohamed V por las calles de Madrid, el respeto del régimen para con la autodeterminación de los pueblos.

Paralelamente a la línea oficialista, si bien no enfrentada a ella, las tesis de algunos autores preocupados por el mediterraneismo dieron lugar a algunos trabajos de gran sinceridad en lo referente a la gestación de un proyecto de amistad hispano-mediterráneo y árabe. Sin negar el derecho natural de España a formar parte de Europa, Rodolfo Gil Benumeya descartaba la licitud de la utilización de los lazos de amistad hispano-mediterráneos al servicio de los intereses occidentales, manifestando con ello una velada desaprobación hacia el uso utilitarista que el régimen hacía del mediterraneismo. En uno de sus múltiples trabajos para la *Revista de Política Internacional*, al hilo del viaje del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, en el otoño de 1952, al Próximo Oriente, y en un contexto ideológico favorable a que España se constituyese en núcleo de la integración del Mediterráneo en el sistema occidental, Gil Benumeya consideraba a España elemento natural de dicha integración, pero denunciaba la manipulación oportunista de esta circunstancia a lo largo de la historia de las relaciones exteriores de España con el mundo árabe, y especialmente con Marruecos<sup>15</sup>.

En su obra ya clásica *España Tingitana* (1955) el autor planteaba la deuda histórica de la cultura marroquí con respecto a Al-Andalus, extrayendo la conclusión de que las relaciones entre Marruecos y España se bastaban por sí mismas, sin necesidad de apoyaturas ajenas a la tradición. Ya en los años sesenta, en su afán por justificar la primigeneidad de las relaciones hispanoárabes, Gil Benumeya escribió un trabajo dedicado a la localización de las huellas del mundo hispano en la cultura árabe, a través de un viaje mental por los países árabes: *España dentro de lo árabe* (1964). Con esta obra, al igual que con las anteriores, su autor pretendía trascender el enfoque coyuntural del interés mediterrancista del régimen, para fomentar un afán sincero de contacto humano y lingüístico entre culturas; si bien no pudo evitar que su prosa dejase traslucir un tono de énfasis común al tratamiento oficial de los temas de la Hispanidad.

En enero de 1958 se celebró en Fez el primer congreso árabe de la UNESCO, al que asistieron diferentes sectores de la intelectualidad norteafricana. La *Revista de Política Internacional*, uno de las escasas publicaciones de la época que se ocupaban de cuestiones de política y relaciones internacionales, se hizo eco del evento en un artículo firmado por Gil Benumeya, en el que se insistía en la continuidad geográfica e histórica entre Marruecos y España para justificar el afán de ambos Estados en proclamarse conjuntamente intermediarios naturales entre *Oriente y Occidente*. Tras el congreso de Fez se sucedieron algunos actos culturales hispano-árabes. En septiembre de 1959 otra reunión patrocinada por la UNESCO, esta vez en Madrid, se ocupó del tema de la enseñanza de la lengua árabe a los no árabes.

El trabajo de Rodolfo Gil Benumeya tuvo como rasgo excepcional su afán por independizar el proyecto exterior español en el Mediterráneo de cualquier

---

<sup>15</sup> R. Gil Benumeya, «España, Europa y los árabes en el Mediterráneo», en *Revista de Política Internacional*, n.º 11, septiembre de 1952, pp. 63-69.

interés atlantista. Cabe añadir que este rasgo de originalidad puede enriquecerse con la solidez de un aporte documental inusual en otros autores de la época en cuyos textos, muy numerosos, se exaltaba la idea de la raza, confiriéndole un peso decisivo en la naturaleza de las relaciones hispano-árabes. En estos textos, ceñidos escuetamente al ideal de la Hispanidad, se expresaba la figura de España, crisol de razas y culturas, y la llamada de la sangre para socorrer a los pueblos árabes en dificultades.

La firma de convenios con los países árabes comenzó a realizarse en 1950, a raíz de los primeros firmados con la joven República del Líbano el 6 de mayo de 1950, y con el Reino Hachemita del Jordán el 5 octubre de 1950. José Sebastián de Erice expresaba el motivo político de la firma de estos convenios justificando el mediterraneismo de España en función de su posición atlántica: «Porque al recibir el empuje del mar caliente, de donde nos vienen tantas influencias griegas, romanas y árabes, siente un ansia vital de infinito y lanzándose por el océano tenebroso (...)»<sup>16</sup>.

Los Principios del Movimiento Nacional, recogidos en la Ley Fundamental del 17 de mayo de 1958 reafirmaban estos valores mediterraneístas. En el tercero de los Principios, el referido a la Hispanidad, los teóricos reclamaban una posición *justa* para España en el concierto mundial, aludiendo al viejo y recurrente argumento de España país mediador entre África y Europa, unidades a las que pertenecía por historia y cultura. La situación de desorientación política en la que vivía la *nueva África*, en referencia al proceso de descolonización, reclamaba la reconocida pericia histórica de España como enlace entre mundos. El origen de los argumentos estratégicos para justificar la naturaleza e importancia de las relaciones hispano-mediterráneas residía en el reconocimiento, a través del Cuarto Principio del Movimiento Nacional, de que las necesidades estratégicas exigían la consideración eventual de un campo estratégico superior al de los límites nacionales; si bien en el mensaje de Franco a las Cortes españolas del 30 de septiembre de 1953 —al hilo del inicio de la normalización de las relaciones exteriores de España— se hacía ya una clara alusión a que era necesario romper con las tesis de introversión nacional que aún eran defendidas desde algunos sectores del régimen y de la propaganda.

Si bien todas las voces parecían coincidir en afirmar que España poseía una situación estratégica ideal, indispensable para cualquier proyecto de equilibrio global, la discrepancia aparecía en torno a la cuestión de si la incorporación española al sistema internacional habría de llevarse a cabo de forma directa, mediante una vía exclusivamente occidental, o bien indirectamente, a través del significado que el Mediterráneo pudiera tener para la defensa de Europa. Las ideas de Luis García Arias merecen nuestra atención por la ausencia de sutilezas a la hora de abordar la cuestión. En un artículo publicado en 1951, este catedrático se

---

<sup>16</sup> J. Sebastián de Erice. «España y los países árabes», en *Revista de Política Internacional*, n.º 5, 1951, p. 226.

manifestaba a favor de una adhesión de España al Pacto Atlántico, por medio de un contacto directo con los Estados Unidos y no a través de Europa<sup>17</sup>. Asignaba a España la tarea de cobertura estratégica del área, de la que excluía a Portugal por carecer este país de contacto con el Mediterráneo. El tono de García Arias era especialmente duro con respecto a Europa por la negativa de algunos países, como Gran Bretaña y Francia, a que Estados Unidos prestase ayuda económica a España. Su propuesta concreta de integración se manifestaba en forma de un Pacto Tripartito de defensa hispano-luso-norteamericano.

Enrique Manera, profesor de la Escuela de Guerra Naval, se expresaba ratificando las reticencias de Luis García Arias hacia las naciones europeas más potentes del momento, Francia y Gran Bretaña<sup>18</sup>. La pertenencia de España al Pacto Atlántico se justificaba a partir de razonamientos de lógica militar: la posición de España en el Mediterráneo y su condición de área de interconexión entre tres continentes. Argumentaba que en el plan de defensa de Europa y el Mediterráneo no era posible separar España y Portugal, que —junto con el Noroeste europeo y el espacio greco-turco— habrían de constituir la tercera base de la *reacción occidental* frente al *poderío oriental euroasiático*. Manera intentaba justificar la necesidad de un pacto con los Estados Unidos en virtud del atlantismo español:

«Si la posición periférica española ha sido la causa dominante de nuestro desinterés por las luchas políticas de los ejes Rhin y Danubio, esta misma posición constituye el motivo de nuestro destino atlántico y mundial (...) Esta causa puramente geográfica es la que hizo posible nuestra expansión por América, así como nuestra proximidad a África nos permitió participar directamente en la historia de este continente. Las aspiraciones españolas no son, pues, centroeuropeas; son americanas y africanas, entendiéndonos por ello infinitamente mejor con los pueblos americanos y árabe que con la vieja Europa (...)»<sup>19</sup>.

La preparación y firma del pacto hispano-norteamericano orientó buena parte de la literatura política de aquellos años hacia la justificación atlantista del desarrollo exterior de España. En *Valoración Hispánica del Mediterráneo*, Gay de Montellá (1952) argumentaba razones de estrategia una vez más, con el fin de justificar el acercamiento español hacia el sistema defensivo europeo:

«La situación de la Península Ibérica se halla en el cruce axial de todo el sistema defensivo europeo, y no es posible prescindir de él si no se quiere abandonar la

---

<sup>17</sup> L. García Arias, «España y el Pacto Atlántico», *Revista de Política Internacional*, n.º 5, 1951, p. 226.

<sup>18</sup> E. Manera, «La situación del Mediterráneo en la defensa de Europa», *Revista de Política Internacional*, n.º 7, 1951, pp. 73-90.

<sup>19</sup> E. Manera, «Las causas del aislacionismo en España», *Revista de Política Internacional*, n.º 14, 1953, p. 15.

defensa de los dos continentes: Europa y África. La única cabeza de puente que domina las vertientes atlántica y mediterránea, al mismo tiempo, resulta ser, quíerasc o no, la Península Ibérica»<sup>20</sup>.

Eduardo Blanco Rodríguez insistía en las mismas cuestiones aunque sin aportar ideas originales, excepto en lo referente a la vertiente técnica del problema<sup>21</sup>. La cuestión gibraltareña y la no pertenencia española a la OTAN constituían el principal fallo defensivo del sistema atlántico. La ausencia española de la OTAN se manifestaba ilógica, en especial si se tenía en cuenta que sus dos áreas de acción, el Atlántico y Europa-Mediterráneo convergían en la Península Ibérica. El Bloque Ibérico había surgido para la defensa de la inestabilidad provocada ante esta quiebra del sistema defensivo de la OTAN.

También algunos observadores extranjeros dieron su opinión respecto de la presencia estratégica de España en el Mediterráneo. La prensa española recogió aquellos artículos favorables a la necesidad de participación española en el área. Es el caso del artículo de Roucek, *La geopolítica del Mediterráneo*, en el que se resaltaba la importancia de la faceta geopolítica en la Historia, a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Este trabajo se hacía eco, a modo de instrumento de valoración de la posición geopolítica de España, del informe del senador Mike Mansfield:

«Justificar la exclusión de España en la NATO por su actitud inamistosa para con Occidente en la Segunda Guerra Mundial es ignorar que los enemigos de ayer se hallan en la actualidad colaborando en una defensa común de la libertad. Equivale también a pasar por alto que España, con el resto de Occidente, tiene un interés vital en preservar esta cultura occidental a la que ella tanto dio en épocas pasadas. Animosidades y prejuicios arraigados en el pasado constituyen una base de escaso valor sobre la cual edificar la seguridad y el futuro de la civilización»<sup>22</sup>.

#### **1.4. España en los sesenta: pieza imprescindible para la seguridad colectiva**

Durante la década de los sesenta se acentuó aún más la sensación de que España se constituía en un elemento imprescindible en el sistema de equilibrio internacional. De otra parte, el camino recorrido por España en su andadura internacional había ido arrinconando progresivamente los prejuicios antieuropeos, dejando paso a la consolidación de unos principios de confianza y de

---

<sup>20</sup> R. Gay de Montellá, *Valoración hispánica del Mediterráneo*, Madrid, 1952, p. 375.

<sup>21</sup> E. Blanco Rodríguez, «La OTAN y Gibraltar», *Revista de Política Internacional*, n.ºs 45-46, 1951, pp. 151-159.

<sup>22</sup> J. S. Roucek, «La geopolítica del Mediterráneo», *Revista de Política Internacional*, n.º 55, 1961, pp. 25-54.

seguridad más racionales. Parece, certero afirmar que la mayoría de las opiniones registradas durante la década de los años sesenta no intentaban enmascarar la utilidad atlantista de las propuestas mediterraneístas<sup>23</sup>. En 1968 Enrique Manera, en un editorial para el número 97 de la *Revista de Política Internacional* señalaba que:

«La importancia geoestratégica de España ha aumentado considerablemente al convertirse casi repentinamente en pieza de vanguardia en la estrategia global (las fuerzas navales soviéticas ha tomado posiciones sólidas en el Mediterráneo). La defensa de Europa y, en general, del hemisferio occidental no podrá llevarse a cabo sin un robustecimiento de la situación militar de España, especialmente en medios navales y aéreos. (...) de esta forma conseguiríamos prácticamente el dominio del Mediterráneo occidental (...)».

Recogeremos sin embargo, el testimonio indignado de José María Cordero Torres a finales de 1959 ante lo que él denominaba injurias por parte de los observadores extranjeros que indicaban que España buscaba un Pacto Mediterráneo para catapultarse hacia la OTAN<sup>24</sup>. Cordero pensaba que los problemas del Mediterráneo debían ser tratados en un contexto de unidad regional, por encima de las entidades europea, asiática y africana, ya que la Cuenca era un mundo pobre dirigido por poderes foráneos. Acusaba a los cinco grandes de la ONU de impedir, mediante su poder de veto, la articulación del sistema mediterráneo. La tónica de los acuerdos bilaterales de las potencias de la OTAN con los países ribereños, incluido el firmado por los Estados Unidos y España, acentuaba la fragmentación del Mediterráneo e introducía en la zona un sistema, el atlántico, ajeno y poco útil. La reivindicación de la esencia mediterránea hecha por Cordero Torres ponía de manifiesto con indudable antelación la insustancialidad del acercamiento entre España y el mundo occidental. Una vez más la singularidad del pensamiento de Cordero Torres descansaba en su permanente desconfianza hacia el atlantismo, por encima de las corrientes oficiales del momento, y muy a pesar de su manifiesta adhesión al régimen. Las reticencias de Cordero Torres no tenían en cuenta sin embargo las circunstancias, ya que el desarrollo de los acontecimientos obstaculizaba la acogida cordial de España en el mundo atlántico, pese a las esperanzas puestas por el régimen en su integración. No olvidemos que en 1958 España había sido admitida en la OEEC, Orga-

---

<sup>23</sup> Los siguientes títulos de Camilo Barcia Trelles atestiguan el interés de los autores por los problemas del Pacto Atlántico, la Guerra Fría y la integración europea: *El Pacto Atlántico. La tierra y el mar, frente a frente*, Madrid, 1951; *Problemas que plantea la alteración del equilibrio político en el mundo posbélico*, Sao Paulo, 1953; *La técnica del riesgo calculado en el mundo internacional posbélico*, Oviedo, 1956; *La guerra fría*, Zaragoza, 1957; *El problema de la integración del mundo occidental, como contrapartida del bloque soviético*. Madrid, 1957.

<sup>24</sup> J. M.<sup>o</sup> Cordero Torres, «El Mediterráneo, complejo internacional», en *Revista de Política Internacional*, n.º 45-46, 1959, pp. 109-121.

nización Europea de Cooperación Económica, en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. El Plan de Estabilización de 1959 marcaba el inicio de una etapa de progresiva liberalización e internacionalización que la activa política exterior concebida por el ministro Castiella intentó rentabilizar en aras de una mayor aceptación de España en el mundo Occidental.

Durante los años sesenta el mundo occidental provocó una honda desilusión en aquellos sectores que ansiaban un reconocimiento atlantista. De un lado, las negociaciones con el Mercado Común Europeo se frustraron hasta llegar a un punto muerto entre 1964 y 1970. Coincidiendo con el proceso de incorporación a la sociedad internacional y con la bonanza económica iniciada en la década de los años sesenta, España solicitó en 1962 su entrada en las Comunidades Europeas, sin lograr alcanzar siquiera un Acuerdo de Asociación. De otro lado, el tema de Gibraltar se enquistó por la acentuada intransigencia de las partes, hasta concluir en el desafortunado cierre de la verja en 1969. Pese al fracaso final del entendimiento hispanobritánico en torno a la cuestión gibraltareña. El Ministerio de Asuntos Exteriores español desarrolló un notable trabajo cuya finalidad era obtener de la comunidad internacional el reconocimiento del carácter colonial de Gibraltar en el contexto generalizado de los procesos de descolonización.

Finalmente, el estado de las relaciones hispano-norteamericanas, no demasiado fluidas a pesar de la triunfal visita de Eisenhower a Madrid (1959), suscitó la posibilidad de que el Tratado de 1953 no se renovase. Los acuerdos de 1953 fueron objeto de renovación en 1963, manteniéndose en los nuevos documentos los rasgos esenciales de los Pactos originales. Pero las escasas compensaciones económicas y militares, conseguidas en la renovación, activaron el malestar de algunos sectores del régimen que dudaban de que la pérdida de una parte de su soberanía tuviese alguna rentabilidad para España. En conjunto, el régimen franquista consideraba que la situación de España en el mundo se había revalorizado sustancialmente en relación con la de 1953. El protagonismo del Mediterráneo en los conflictos internacionales situaba a la Península Ibérica en una posición delicada al verse expuesta a las tensiones de los dos bloques. De ahí que el régimen de Franco exigiese a los Estados Unidos un mayor compromiso militar y político, además de la modernización de sus bases en España. Estados Unidos, acostumbrado a una relación de dominio con aquellos países en los que asentaba sus bases militares, consideró inadecuadas las sugerencias españolas, que terminarían por dificultar los trámites de la renovación del tratado.

A finales de los sesenta, sin embargo, las circunstancias que afectaban a las relaciones hispano-norteamericanas habían variado sustancialmente. Por una parte, se había revalorizado la posición geoestratégica de España, a raíz de los conflictos árabe-israelí y del Vietnam. Por otra, los sectores más abiertos de la política española perdían posiciones ante el ascenso de los grupos más proclives a la interiorización del país, básicamente los aglutinados en torno a Carrero Blanco. Con estas nuevas premisas y bajo las sucesivas presidencias de Johnson

y Nixon, se efectuó la renegociación de los Pactos entre 1967 y 1970, con los secretarios de Estado Dean Rusk y William Rogers como principales interlocutores norteamericanos.

Durante la década de los años sesenta el pragmatismo franquista preparó una campaña de prensa cargada de antinorteamericanismo que caló hondo en la opinión pública. La *doctrina Castiella*, difundida en prensa, que proponía la retirada de las flotas norteamericana y soviética de la cuenca mediterránea, fue instrumentalizada por el régimen para ganar posiciones en la negociación. Pero fue López Bravo, nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, quien se ocupó de concluir la firma del Acuerdo de Amistad y Cooperación entre España y los Estados Unidos. Tras la firma de la renovación, los diarios volvieron a su tónica atlantista habitual<sup>25</sup>. El ministro Castiella, firme en las negociaciones con los norteamericanos, había sido destituido antes de la conclusión del proceso, de tal modo que un sentimiento generalizado de *reserva frente a lo extranjero* se instaló nuevamente en la posición española, al tiempo que resurgía la línea oficial estrictamente atlantista.

José María Cordero Torres propuso para España una política exterior más personal, menos mediatizada por los intereses occidentales que consideraba constituían la doctrina oficial, y sobre todo más realista:

«El sueño de una mayor colaboración mediterránea pertenece a ese mundo de *wish-full thinkings* donde yacen la unión europea, la unión latina... y tantas otras cosas idealizables. Podríamos quizá modesta y sustanciosamente, tantear una conferencia mediterránea, con el fin de desnuclearizar y limpiar de extraños el viejo Mare Nostrum, ahora Mare Alienii. Aunque no le guste a ciertos "amigos" y les guste a gentes no clasificadas como tales. Encontrar ecos, donde sea, nunca estorbó. Quedarse quieto para no irritar a nadie, resulta suicida: algunos sólo se contentarían con nuestra desesperación»<sup>26</sup>.

En varios de sus trabajos, este analista se quejaba del papel que los países occidentales habían otorgado a España y del escaso apoyo que presuntamente los Estados Unidos iban a dar al país en caso de necesidad<sup>27</sup>. El peligro de la política exterior española en este momento residía en prolongar la fidelidad a orientaciones ya superadas por la marcha de los acontecimientos. Según Cordero Torres, los objetivos tradicionales de la posición exterior de España se concretaban en la contribución al pacifismo y a la cooperación internacional, así como en la seguridad mundial, en el fomento de la fraternidad activa peninsular e hispanoame-

---

<sup>25</sup> J. Rupérez, «Un diseño para la política exterior española. Opciones y prioridades», *Fundación Humanismo y Democracia*, n.º 3, 1979.

<sup>26</sup> J. M.ª Cordero Torres, «La actualización de los supuestos de la acción internacional española», *Cuadernos de Política Internacional*, n.º 105, 1969, p. 10.

<sup>27</sup> J. M.ª Cordero Torres, «Carne y hueso en la política exterior española», en *Cuadernos de Política Internacional*, n.º 103, 1969, pp. 5-8.



ricana, en intentar impulsar la cooperación regional europea, empezando por fomentar la buena vecindad pirenaica, y finalmente en mantener y cuidar la amistad con los países árabes y mediterráneos, extensible a los países del Tercer Mundo, y corroborada en la participación española en los procesos de descolonización.

Para José de Yanguas Messía el sostenimiento de las bases norteamericanas en España carecía de total fundamento, por lo cual, recomendaba su evacuación. Este autor apuntaba que las fórmulas de utilización de las bases, esencialmente el arriendo, resultaban inapropiadas. La fórmula de *españolización* de las bases, propuesta por algunos, no resultaba factible porque las bases no funcionaban aisladamente sino dentro de unos dispositivos mundiales ideados para una estrategia atómica, a la que España era totalmente ajena. La previsión de una integración española en el mundo occidental, a través de los organismos comunitarios hacía imprescindible que el territorio español estuviese libre de enclaves y constase con absoluta libertad de movimientos<sup>28</sup>.

Así pues, al llegar a 1969 el país comenzaba a percibir nuevamente la sensación de cerco internacional que viviera tras la última guerra mundial. Pese a todo, España persistiría en su empeño atlantista y europeísta, para lo cual el régimen hizo uso de sus acostumbradas argumentaciones humanistas: España, creyente en el principio de autodeterminación de los pueblos, iba a emprender una acción destinada a darle cauce y realidad. Con este tipo de manifestaciones, el régimen daba publicidad a su intención de insistir en su protagonismo como país descolonizador y magnánimo con respecto a sus ex-colonias africanas. En enero de 1968 se suprímía el Gobierno General de las plazas del norte de África, así como el Estado Mayor del Ejército en el mismo territorio. En octubre, y después de una situación tensa que precipitó los acontecimientos, España concedía la independencia a Guinea Ecuatorial. La Organización para la Unidad Africana llevó la cuestión de Guinea al Comité de Descolonización de la ONU, con similares argumentos sobre las relaciones hispano-guineanas que los que esgrimía el Ministerio de Exteriores español ante dicho Comité en relación con el contencioso sobre Gibraltar. Ello, pese a las reticencias del Ministerio de la Gobernación, responsable de las cuestiones de Guinea y partidario de generar una suerte de autonomía para la colonia, dio pie a la forzosa aceptación española del proceso de independencia guineano. En diciembre se firmaba con Marruecos el tratado de retrocesión de Ifni, y el 4 de enero de 1969 España firmaba en Fez su devolución.

Los episodios de la descolonización española fueron en realidad el epílogo de la política descolonizadora comenzada en 1955, cuyos exangües resultados empezaron a cosecharse en los años sesenta, en forma de una sobrentendida política de amistad con los países árabes, principalmente con Marruecos. El *regalo*

---

<sup>28</sup> J. de Yanguas Messia, ABC, 14 de julio de 1970.

de la independencia no aseguró las esperadas ventajas de gratitud marroquí. Antes bien, Marruecos, independiente, prefirió jugar la baza francesa —mucho más rica en el terreno económico y técnico— que la española. Prueba de las dificultades reales del entendimiento hispano-marroquí fueron los frecuentes viajes del nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, a Marruecos, a partir de 1969, con el fin de solucionar contenciosos de diversa índole, de entre los cuales era reiterado el pesquero.

### 1.5. El Mediterráneo en tensión. España en la retaguardia

El Mediterráneo fue objeto de una fuerte revalorización internacional en la década de los años setenta. La apropiación por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética de dicho espacio como escenario diferido para el despliegue de su pugna particular, junto con la crisis del petróleo abierta en 1973, dieron al Mediterráneo un protagonismo que quedó patente en los archivos de los diferentes medios de comunicación.

A la altura de 1970 los puntos neurálgicos eran Rota, Gibraltar, Malta, Mersa Matrah, el Pireo y Chipre. La URSS tenía que adaptarse a las dualidades Rota-Gibraltar y Bósforo-Dardanelos; límites similares a los que encontraba en el Báltico: mar de Okhost, Siberia extremooriental y las Kuriles japonesas. De ahí que la URSS necesitase tres flotas independientes, una para el Báltico, otra para el Pacífico y una tercera para el Mediterráneo y que el esfuerzo naval estuviese dirigido a los submarinos atómicos armados de poderosos misiles que deambulaban de unas aguas a otras, saliendo a la luz de vez en cuando.

Según Jaime Miravittles, aunque los entendidos considerasen que el Pacífico era el epicentro de nuestra civilización, los mares no se constituían en compartimentos estancos, cerrados en sí mismos, sino que eran anillos de un gran mecanismo que abarcaba todo el globo terráqueo. El Mediterráneo se integraba, pues, en una estrategia de carácter universal y se convertía —por razones históricas— en escenario de los poderes en pugna<sup>29</sup>.

Al igual que otros medios internacionales, la prensa española insistió en el peligro de la presencia soviética en el Mar, y puso por vez primera en tela de juicio la moralidad de la presencia de la flota norteamericana en la Cuenca, al considerarse extraña a las aguas jurisdiccionales de los distintos países ribereños. Se estimó que las dos presencias eran peligrosas e indeseables de forma aislada, pero mucho más aún si se producían enfrentamientos entre ambas.

Algunos títulos, como el del libro de Michel Salomón, *Mediterranéé Rouge, un nouvel empire soviétique?* (1970) concitaron el interés de la opinión pública española y provocaron ríos de tinta en contra de la denominada expansión sovié-

---

<sup>29</sup> J. Miravittles, «Geopolítica del Mediterráneo», *El Mundo*, 8 de abril de 1972, pp. 42-44.

tica en el Mediterráneo. Ensayo periodístico aunque ampliamente documentado, el libro de Salomón pretendía cubrir la penetración soviética en Oriente Medio y su instalación en el Mare Nostrum. Salomón concluía que la voluntad mediterraneísta de la URSS era tan imparable como temible. Sólo un condominio con los EEUU evitaría que las debilidades de Occidente pudieran ser aprovechadas por los soviéticos. La principal debilidad a la que se referían todos estos comentarios era sin duda la conocida reticencia de la Francia de De Gaulle hacia los Estados Unidos e Israel, acrecentada aún más si cabe por la normalización de las relaciones del país galo con la URSS, dentro del marco general de la política de coexistencia.

La *expansión* soviética se convirtió en uno de los temas predilectos de los comentaristas, que abordaron la cuestión de la presencia de España en el exterior, así como de su voluntad de estar presente en el mar Mediterráneo, e impedir que la Cuenca se convirtiese en un nuevo escenario de batalla. *El Mundo* recogía la siguiente visión sobre el tema expuesta por el comentarista soviético Nicolás Smirnov:

«Como es sabido, nuestro estado (la URSS), que es un Estado del mar Negro, y por consiguiente un *Estado mediterráneo* es un foco de guerras, que podrían arrojar a la humanidad en el abismo de una catástrofe mundial. Nuestra presencia en el Mediterráneo corresponde a ese objetivo»<sup>30</sup>.

Sin embargo, hubo observadores que interpretaron la propaganda en torno a la expansión soviética como una exageración provocada por los Estados Unidos con el fin de enmascarar la preocupación que le producía el mantenimiento de sus unidades en alerta en aguas situadas a muchas millas de las costas estadounidenses. Fuese o no real el peligro soviético, los norteamericanos sentían una fuerte alarma por los efectos negativos que sobre la hegemonía occidental podrían desencadenarse al hilo de la *Ostpolitik* que Willi Brandt había inaugurado con tanto éxito. Pese a todo, aquellas naciones poseedoras de los puntos considerados neurálgicos en la Cuenca, sintieron la injerencia de las superpotencias como una cuestión de moralidad y manifestaron una postura generalizada de rechazo a la situación, si bien sujeta a los intereses concretos de cada Estado. Los contactos entre los Estados del litoral mediterráneo, ansiosos por desembarazarse de la presión soviética y estadounidense, se convirtieron en noticia. Aunque, estos Estados hubieron de reconocer su incapacidad para desarrollar una política y una economía independientes de ambos bloques.

Por su parte, los EEUU, por medio de la OTAN, acordaron crear una fuerza naval en el Mediterráneo. Haciéndose eco de la noticia, el comentarista de *ABC*, López de la Torre aseguraba que de momento los efectivos serían simbólicos. Los principales países suministradores serían Italia, Estados Unidos e Inglaterra;

---

<sup>30</sup> R. Bech, «La URSS, Estado mediterráneo», *El Mundo*, 16 de septiembre, 1970, p. 40.

Grecia y Turquía en segunda instancia. Este articulista, sentando las bases de unos principios realistas, llamaba la atención sobre la modesta dimensión de dichas fuerzas:

«Un pequeño núcleo de barcos menores, donde las tripulaciones se acostumbraran a maniobrar en común y a resolver los problemas de la guerra marítima»<sup>31</sup>.

El *ABC* entendía que el propósito de la OTAN era acentuar la potencia de la Alianza, pero desconfiaba de su efectividad. La sustitución de la VI Flota norteamericana por una fuerza aliada no haría sino incrementar la presencia rusa en el Mediterráneo, interpretaba. El rotativo *Pravda*, por su parte, creía ver en el retorno naval británico al Mediterráneo una maniobra contra la URSS, afirmando que Gran Bretaña reemplazaría en la zona a los Estados Unidos, aunque adquiriendo un papel no defensivo sino ofensivo<sup>32</sup>.

Sin embargo, observadores más avezados parecieron darse cuenta del sentido real de la alarma que la URSS había provocado con su presencia en el Mediterráneo. Así, Duchene, director del *Institute of Strategics* de Londres se preguntaba porqué los Estados Unidos se habían empeñado en exagerar el poder de la URSS en el Mediterráneo<sup>33</sup>. Duchene aducía que a los Estados Unidos les preocupaba la dificultad de mantener a sus unidades alerta en unas aguas situadas a muchas millas de sus aguas atlánticas y pacíficas. Desmitificando la capacidad del fuego soviético en el Mediterráneo, Duchene indicaba que el crecimiento de la fuerza soviética en el Mediterráneo oriental era debido, no tanto al aumento de las unidades navales, sino al apoyo aéreo que estas podían recibir desde las bases instaladas en territorio egipcio. Tampoco suponía peligro alguno la URSS al intentar arrogarse el papel de protector ejercido por los Estados Unidos hasta entonces en los países árabes del Mediterráneo, porque la radicalización de las fuerzas nacionalistas en estos países le había privado de tal papel.

Entre septiembre y octubre de 1970 los Estados Unidos prepararon el viaje de Nixon al Mediterráneo, un viaje cuya finalidad consistía en reforzar la presencia norteamericana en la Cuenca. Estados Unidos era consciente del creciente protagonismo de la URSS en el juego de la coexistencia entre bloques. Para entonces, la *Ostpolitik* de Brandt era una realidad, Pompidou estaba a punto de visitar Moscú, y una delegación del Ministerio de Asuntos Exteriores francés preparaba un viaje a China. Surgía la denuncia de la presencia de submarinos soviéticos en Cienfuegos, Cuba, y por si fuera poco, en Chile se instalaba un gobierno socialista. Parece razonable que Estados Unidos se sintiese amenazado en el juego de fronteras de las que el Mediterráneo era la más visible

<sup>31</sup> López de la Torre, *ABC*, 1969, p. 17.

<sup>32</sup> *ABC*, 22 de enero de 1969, p. 19.

<sup>33</sup> L. Molla, «El Mediterráneo. ¿Un mar de las tormentas?», *Mundo*, 1 de abril de 1972, pp. 32-37.

y espectacular. Nixon se presentó en Madrid en visita oficial para reafirmar y asegurar los últimos pactos hispano-norteamericanos, y visitó Yugoslavia, donde el Presidente Tito le esperaba, dando preeminencia a la visita norteamericana frente al compromiso de asistir al entierro de Nasser. A bordo del *Saratoga*, buque cabeza de la VI Flota en el Mediterráneo, Nixon se entrevistó con los embajadores de los Estados Unidos y con los jefes de la OTAN en la zona<sup>34</sup>. Es posible que con este despliegue los Estados Unidos pretendiesen decir al Mundo que la seguridad de esta zona no dependía exclusivamente de la moderación de la URSS sino también de la capacidad de respuesta militar de los Estados Unidos. Kissinger, el entonces Secretario de Estado, era partidario de una política de energía antes que de negociación. El viaje de Nixon al Mediterráneo podría asimismo intentar crear una situación de riesgo que justificase la acción personal del presidente en su papel de salvador, con fines electoralistas.

Aquellas naciones directamente perjudicadas en el conflicto por la posesión de puntos neurálgicos en la Cuenca se plantearon el tema de la invasión de las aguas mediterráneas por parte de las dos superpotencias desde la perspectiva de una injerencia amoral. La postura de rechazo generalizada, aparecía, no obstante, mediatizada por los intereses concretos o coyunturales de cada uno de ellos. Ansiosos por desembarazarse de la presión, tanto soviética como estadounidense, y aunque eran conscientes de que no podían desarrollar una política y una economía independientes de ambos bloques, los Estados del litoral mediterráneo multiplicaron los contactos entre sí.

En este orden de cosas adquiriría sentido la febril actividad de Dom Mintoff, quien visitó, entre otros países, España (días 11 al 13 de 1973) con el fin de tratar sobre los problemas del Mediterráneo. Las propuestas mediterraneístas de Dom Mintoff abarcaban un amplio abanico de posibilidades: desde el trabajo en común por la paz en el área hasta propuestas concretas en el terreno de la economía de la Cuenca.

El objetivo de neutralizar la Cuenca hizo nacer en los países ribereños la esperanza de una conferencia mediterránea de países no alineados. Pero el proyecto era inviable por cuanto hubiera excluido a Italia, Grecia, Turquía e incluso a España. Ante la posibilidad de que dicha conferencia llegase a celebrarse, España buscó asegurar sus lazos con los países ribereños, prueba de lo cual fue el despliegue viajero del entonces ministro de Exteriores, Gregorio López Bravo. En esta ocasión Cordero Torres insistió en la tradicional defensa de una organización mediterránea, alegando la necesidad no muy lejana de crear una región mediterránea capaz de hacer frente a los efectos disgregadores que las potencias extrañas ejercían sobre la Cuenca<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> E. Haro Tecglen, «El viaje de Nixon y la coexistencia disidente», *Triunfo*, n.º 436, 1972, pp. 4-5.

<sup>35</sup> J. M.ª Cordero Torres, «La cenicienta de las organizaciones regionales: la cuenca mediterránea», *Revista de Política Internacional*, n.º 133, 1974, pp. 5-7.

Resulta, pues, evidente que la década de los años setenta inauguró un período de inestabilidad política en el Mediterráneo que trajo consigo la polémica sobre la forma más acertada de garantizar la seguridad de un área patrimonial común a todos los países ribereños. En dicha polémica se decantaron cuatro posiciones: la que proponía la salida del Mediterráneo de la Unión Soviética, la que ponía en tela de juicio la moralidad de la presencia norteamericana, la que consideraba inevitable el reparto racional del Mediterráneo en áreas de influencia soviética y norteamericana para evitar conflictos, y la posición neutralista, que solicitaba la liberación del mar y su devolución a los países ribereños, su auténtica comunidad de propietarios. Los defensores de esta última opción adjuntaban a sus reivindicaciones una nota referente a la conveniencia de todos los pueblos mediterráneos en esforzarse para la creación de una organización comunitaria en la Cuenca.

Ahora bien, en el trasfondo de la cuestión mediterránea se ocultaba sin embargo una situación más alarmante si cabe. Mientras en Viena se desarrollaban las conversaciones SALT I para la búsqueda de unas pautas comunes en el recorte del progreso armamentístico, las flotas norteamericana y soviética del Mediterráneo continuaban creciendo. Se asistía a una especie de acuerdo tácito entre potencias para definir la esfera de sus influencias. El acercamiento de Estados Unidos a Egipto, en mayo de 1971, se vio paradójicamente contrarrestado por la firma de un pacto entre Egipto y la URSS —Tratado del Cairo— que supuso para el país mediterráneo una ayuda de 3.500 millones de pesetas. Debemos recordar que, fiel a la línea emprendida en la última etapa de Nasser, el posnasserismo de Sadat había patrocinado un acercamiento a los Estados Unidos e incluso había emprendido la purga de los elementos más duramente antiamericanos de su gabinete. Los sectores de la opinión pública española más independientes interpretaron esta política como un reparto de responsabilidades en el Mar que trascendía el conflicto aparente, y entendieron que la acción política internacional se mostraba indiferente a los verdaderos intereses de la cuenca mediterránea<sup>36</sup>. Para los Estados Unidos este juego significaba que la Unión Soviética iba a controlar a los ejércitos soviéticos, impidiendo que atacasen a Israel improvisadamente. Para la URSS, suponía la seguridad de que Israel se mantendría contenida en sus posiciones. *Enfrentamiento y entendimiento*, pues, fueron los dos términos que el última instancia parecieron definir la presencia soviética y norteamericana en el Mediterráneo, así como una política a todas luces indiferente a los verdaderos intereses de los países de la Cuenca<sup>37</sup>.

La conflictividad de la Cuenca coincidió con un ajuste de prioridades en el Ministerio español de Asuntos Exteriores. En 1969, y tras diez años de desarro-

<sup>36</sup> E. Haro Tecglen, «La línea blanda en Egipto», *Triunfo*, n.º 470, 1971, pp. 6-7.

<sup>37</sup> E. Haro Tecglen, «Enfrentamiento y entendimiento», *Triunfo*, n.º 471, 1971, pp. 6.

llismo que saldaban una etapa de la historia de la dictadura, se abrió un período de búsqueda de dinamización en las instituciones, de la mano de los llamados tecnócratas. El ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo (diciembre de 1969-junio de 1973), buscó dinamizar la acción exterior de España, si bien las innovaciones en este Ministerio no supusieron realmente una ruptura con el pasado. Su predecesor, el ministro Castiella, había sido un político eficaz con ambiciosas miras aperturistas, a quien, sin embargo, había desbordado la magnitud de sus propósitos, desgastado el prolongado ejercicio de la Cartera y minado la persistente oposición interna de algunos sectores del régimen en los últimos tiempos. Normalizar la presencia española en la comunidad internacional fue la consigna dictada por el gobierno de octubre de 1969. El Ministerio de Exteriores se propuso conseguir de Europa una mayor receptividad para sus opiniones. Quedó pues planteada la persistencia de las pretensiones europeístas del régimen, si bien hubo un mayor pragmatismo de cara a su consecución, debido a que se enfocó la cuestión hacia temáticas socioeconómicas y se arrinconó momentáneamente la cuestión política.

En este contexto, el Mediterráneo volvería a adquirir una función instrumental, si bien el tratamiento de las viejas argumentaciones mediterraneístas sufrió modificaciones. La cuestión del Mediterráneo para España se resolvía en dos planteamientos: el reconocimiento de una situación de conflictividad y la reivindicación de un papel activo en las negociaciones para su pacificación. El objetivo de la política Mediterránea, declarada prioritaria por el Ministerio de Asuntos Exteriores español, sería el fortalecimiento de la amistad y cooperación con los países árabes<sup>38</sup>. Los viajes de López Bravo a los países el área y la recepción de invitados a España dieron apariencia de credibilidad a estos propósitos. Entre diciembre de 1969 y junio de 1975 se contabilizaron cerca de setenta contactos entre el Ministerio español de Asuntos Exteriores y las diferentes delegaciones de los países árabes. En estos encuentros se concluían acuerdos de tipo sociocultural y económico, se solía reiterar el apoyo español a los países árabes en su lucha contra Israel y se reconocía el derecho palestino a construir un Estado democrático.

Por lo que a la polarización de bloques en el Mediterráneo se refiere, España reiteró un ofrecimiento de mediación para la pacificación del área. Dicho ofrecimiento era interesado, en la medida —se indicaba públicamente— en que la inestabilidad de la zona ponía en peligro la seguridad de la Península Ibérica, en razón de su posición estratégica. Pero, como el resto de los países afectados, España reconoció que su capacidad de respuesta era limitada, habida cuenta de la precariedad de los medios materiales con que contaban los países ribereños. Este tipo de opiniones, más gestuales que sinceras, se complementaba con una llamada al entendimiento de los países ribereños, muy en la línea de lo evocado

---

<sup>38</sup> J. M. Girones, *Mundo*, 15 de abril de 1971, p. 66.

por el sector de los No Alineados<sup>39</sup>. Así, el ministro López Bravo, en visita oficial al Marruecos, declaraba:

«Nuestra condición de países mediterráneos y atlánticos y el hecho de estar (...) situados estratégicamente en la boca occidental de dicho mar (Mediterráneo), el Estrecho de Gibraltar, nos obliga a concentrarnos en los temas importantes que yo no dudaría en calificar de esenciales para la paz y la estabilidad del área mediterránea. Una conciencia mediterránea se está formando. Esta conciencia, en un estado actual se concreta en dos evidencias: que resulta necesario asegurar el equilibrio de la zona y que este equilibrio no puede estar mantenido exclusivamente por la presencia en dicho mar de flotas de países no ribereños. A esta toma de conciencia deben seguir —y yo tengo la seguridad de que seguirán— proyectos varios»<sup>40</sup>.

Queda por averiguar si la voluntad de López Bravo, en el sentido de contribuir a la búsqueda de soluciones para conseguir la paz en la región, se movía convencida de la utilidad general de sus gestiones, o bien, consciente del limitado papel de España en la dirección mundial, concedía a su trabajo el valor del pragmatismo a que le otorgaba a todas sus empresas. Este segundo enfoque parece el más factible. El Mediterráneo era en realidad el trofeo que se disputaban los bloques. El propósito del régimen de Franco consistía en ganarlo para Occidente y recibir, a cambio de esta labor, la recompensa de la integración. Puede decirse, tal y como queda reflejado en las páginas anteriores, que la tarea emprendida por López Bravo llovía sobre mojado, ya que había sido Castiella quien consiguiera años atrás una línea de cotización internacional ascendente para España, cuyos primeros éxitos cosechaba el nuevo titular del Ministerio<sup>41</sup>.

Como sucediera en 1969, en 1973 la impresión española era de decepción general ante el fracaso de sus intentos de integración en el mundo occidental. Europa y América le daban largas y parecía que los temas de la Comunidad Europea y de Gibraltar se habían enquistado de nuevo. Se podría hablar de un bloqueo diplomático de hecho, ya que entre 1973 y 1975 el régimen de Franco se enfrentó a una etapa de intensa presión internacional tendente a acelerar su descomposición, muy avanzada ya si tenemos en cuenta el crecimiento de la oposición interna al régimen, entre sectores incluso de dudosa infidelidad como el eclesiástico. Los dos pilares que habían salvado al franquismo de un aislamien-

<sup>39</sup> *Revista de Política Internacional*, n.º 114, 1971, p. 209.

<sup>40</sup> Palabras de López Bravo en Fez, 13 de marzo 1971, recogidas por la *Revista de Política Internacional*, op. cit., p. 223.

<sup>41</sup> Analícense las conversaciones entre Castiella y Rusk —secretario de Estado norteamericano— (noviembre de 1968) en el contexto de la renovación del tratado hispano-norteamericano, acerca de la proyección mediterránea de la política exterior española, en las que el Ministro español proponía la retirada norteamericana y soviética del mar, con miras a la distensión y la cooperación. Esta sugerencia fue muy favorablemente acogida en el Mediterráneo. En este sentido resulta interesante el comentario de J. Zavala, «El Mediterráneo y su neutralización», *Cuadernos de Política Internacional*, n.º 106, 1969, pp. 11-24.



to absoluto en el año 1945, la Santa Sede y Portugal, le volvieron la espalda en estos últimos momentos. La primera por conflictos de competencias con el Estado Español y la nación vecina a raíz del triunfo de *la Revolución de los Claveles*.

Los nuevos ministros de Asuntos Exteriores intentaron dar un giro a la situación. Entre junio de y enero de 1974 ocuparían la Cartera, con escasa brillantez, López Rodó y Cortina Mauri. Para ambos Ministerios la meta seguía siendo Europa y los dos utilizarían nuevamente el recurso del Mediterráneo, siendo los argumentos, como de costumbre, la seguridad de la Cuenca y la labor intermediaria de España. Sin embargo, cada vez en menor medida se abordaba la cuestión de la seguridad del Mediterráneo. En su lugar se apelaba a la seguridad de Europa. El Mediterráneo es Europa, señalaba, lleno de convicción, López Rodó en el seno de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea en Helsinki. Durante los últimos años España había trabajado la tesis de su identificación con los países del Mediterráneo, alejándose de las concepciones de *arabismo* cultivadas en los años cincuenta y sesenta. Después de 1973 se comenzaron a cosechar los malos frutos de esta infidelidad hacia el arabismo. La poco definida opción mediterraneísta, centrada en las cuestiones de Marruecos, el Sahara y Ceuta y Melilla, no conseguía que España fuese admitida en el Mercado Común, al tiempo que había alejado a España del Mediterráneo árabe, a pesar de que, a raíz de la crisis del petróleo de 1973, la Liga Árabe no incluyese a España entre los países bloqueados y de que desde 1970 se hubiese verificado un crecimiento importante en las relaciones económicas con los países árabes, Arabia Saudita, Argelia o Irak.

Ciertamente la estrategia no podía haber tenido peores resultados. Aún así, se mantuvieron invariables los presupuestos de la política mediterránea planteados por López Bravo a principios de los setenta: se eligió una política de defensa de los intereses ribereños, de neutralización de la Cuenca ante la ONU y la CSCE, insistiendo en los contactos bilaterales con los países del área. En noviembre de 1974 España apoyó la participación de la OLP en los trabajos de la Asamblea General, recibiendo por ello el agradecimiento de Yasser Arafat<sup>42</sup>.

El ministro Cortina intentó evocar los nexos histórico-culturales entre el mundo árabe y la Península Ibérica, para contrarrestar los efectos del excesivo pragmatismo abierto en los últimos años de Castiella al frente del Ministerio de Exteriores. La revitalización de los contactos con el mundo árabe respondía una vez más al planteamiento de circunstancias extremas. El desencadenamiento de la presión marroquí sobre España, forzando la retirada española del Sahara Occidental, hacía imprescindible neutralizar la hostilidad por medio de las manifestaciones de entendimiento hispano-árabe, especialmente con aquellos pueblos que sufrían también el acoso marroquí. España exponía su postura en el sentido de sacar adelante un proceso de autodeterminación del Sahara y el

---

<sup>42</sup> «Piniés en la ONU», *Mundo*, 30 de noviembre de 1974, pp. 36-37.

Frente Polisario. En enero de 1974 el gobierno español notificó su decisión de celebrar un referéndum, cuya preparación se puso en marcha inmediatamente. Sin embargo, el capítulo saharauí no sólo puso de relieve la inoperancia de la política española, sino que tiró por tierra todas las iniciativas, torpemente elaboradas durante años, para la construcción de una vía mediterraneísta de entendimiento.

Aún así, en su discurso a las Naciones Unidas, el 3 de octubre de 1974, Cortina Mauri reiteraba su apoyo a la distensión mundial, atacaba la política de bloques alegando que se hacía a expensas de la libertad, la independencia y la seguridad de los demás, y señalaba que la distensión y la coexistencia obligaban, entre otras cosas, a resolver la conflictividad del Mediterráneo, porque la seguridad en Europa vendría de la mano de la seguridad en la Cuenca. Así pues, España se erigía en defensora e introductora de los países ribereños no europeos en la CSCE, dentro de su tradicional actitud de colaboración en el diálogo euroárabe. Ciertamente, el tema español prioritario dentro de la Conferencia fue el de la Seguridad en el Mediterráneo y la contribución del país a ella. La cooperación con otros países del área mediterránea proporcionó a España la confianza que tan largamente había buscado tras el fracaso de su política de integración directa en Europa. El eje de seguridad norte-sur que comenzaba a perfilarse desde el Mediterráneo propició este proceso. Sin embargo, el problema planteado para los países ribereños consistía en determinar el grado de confianza que podían depositar en la actitud mediterraneísta de España, y en llegar a determinar si dicha actitud alimentaba o no los sueños europeístas de siempre.

Entre 1970 y 1975 la política exterior de España discurrió por tres cauces: el frente árabe, el frente europeo —viejos conocidos de la ideología internacionalista española— y la duplicidad de actitud ante la distensión y la *Ostpolitik*. Dar la espalda al sistema soviético resultaba poco diplomático, sobre todo si tenemos en cuenta que muchos países árabes con quienes España mantenía relaciones de cordialidad, además de económicas, coqueteaban con la ayuda soviética para neutralizar en la medida de lo posible los efectos de la presión norteamericana. En realidad, los países árabes buscaban un mercado en el que rentabilizar sus recursos energéticos y sus ventajas geopolíticas. El principal problema para España estribaba en su falta de credibilidad ante ellos. España no podía ofrecer a los árabes el servicio que requerían los imperativos de su economía del petróleo. El exceso de consumo energético occidental, la crisis abierta en 1974 y la necesidad de tecnología demandada por los países árabes, para rentabilizar el poder que les proporcionaba la posesión del petróleo, hacían imprescindible el entendimiento con Occidente. Pero la necesidad de entendimiento euro-árabe difícilmente podía ser cubierta por España, cuya inseguridad y falta de rigor histórico en la política pro-árabe y mediterraneísta apenas si servía para encubrir el débil proyecto atlantista de la política exterior del régimen.

## **RESUMEN**

Este artículo trata de estudiar el *Mediterraneismo* en tanto corriente de pensamiento durante el período franquista. España, nación de rango medio pero aspirante a convertirse en líder en la cuenca mediterránea, hizo uso de las tesis mediterraneístas con el objeto de romper el aislamiento del régimen y encaminar su política exterior hacia el objetivo atlantista. Así pues, El interés mediterraneísta fue meramente teórico y al servicio de intereses de índole variada, en relación con el momento concreto del período histórico.

## **ABSTRACT**

This paper tries to study the «Mediterranean theory», as a line of thought during the Franco period. Spain, being considered as a nation of average status, tried to use the «Mediterranean theory» a way to break the isolation under Franco's regime, and to drive its foreign policy towards a sort of «Atlantism». So, the mediterranean choice was a policy of a merely theoretical level to serve various interests, related with each historical moment of the period.